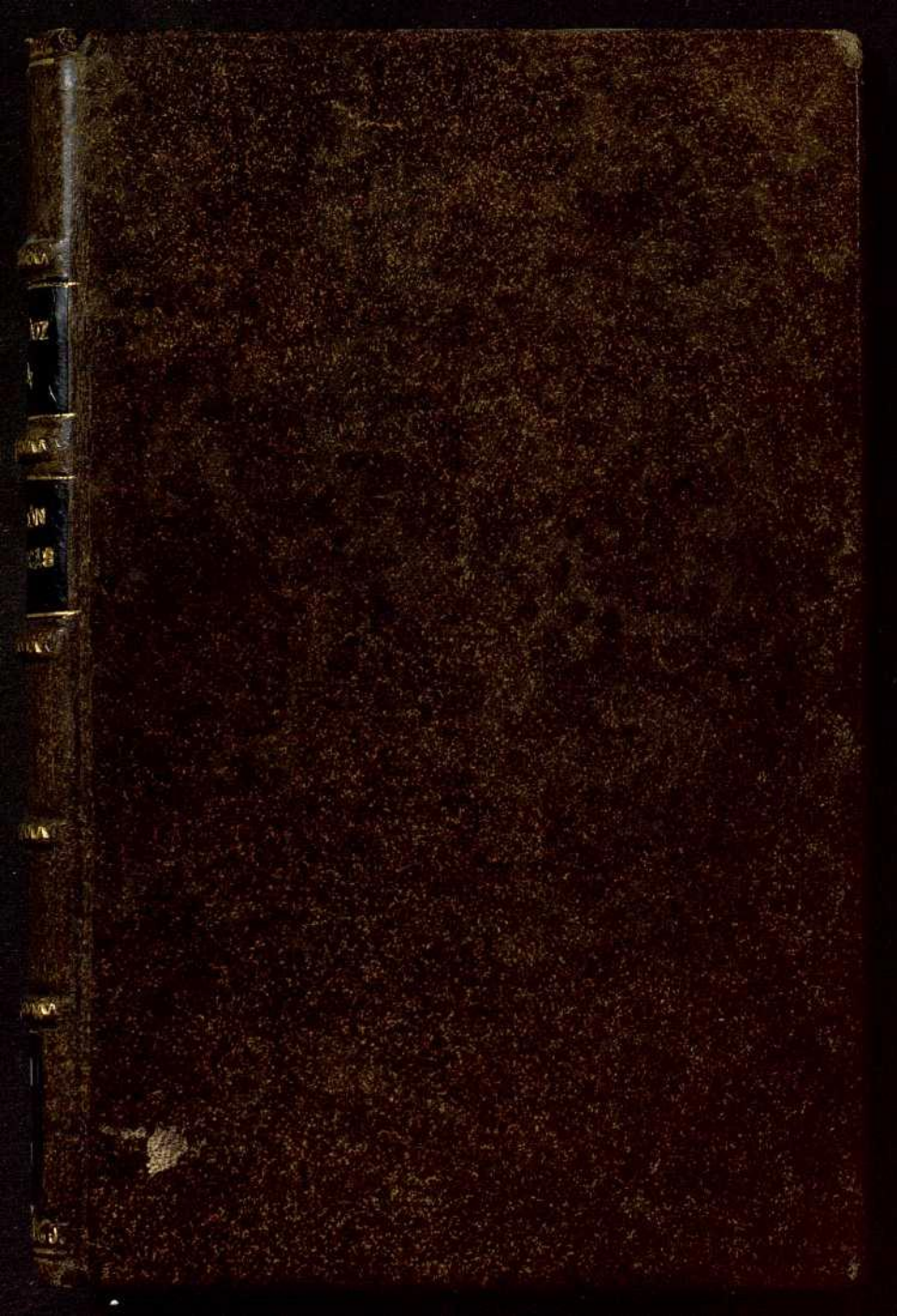
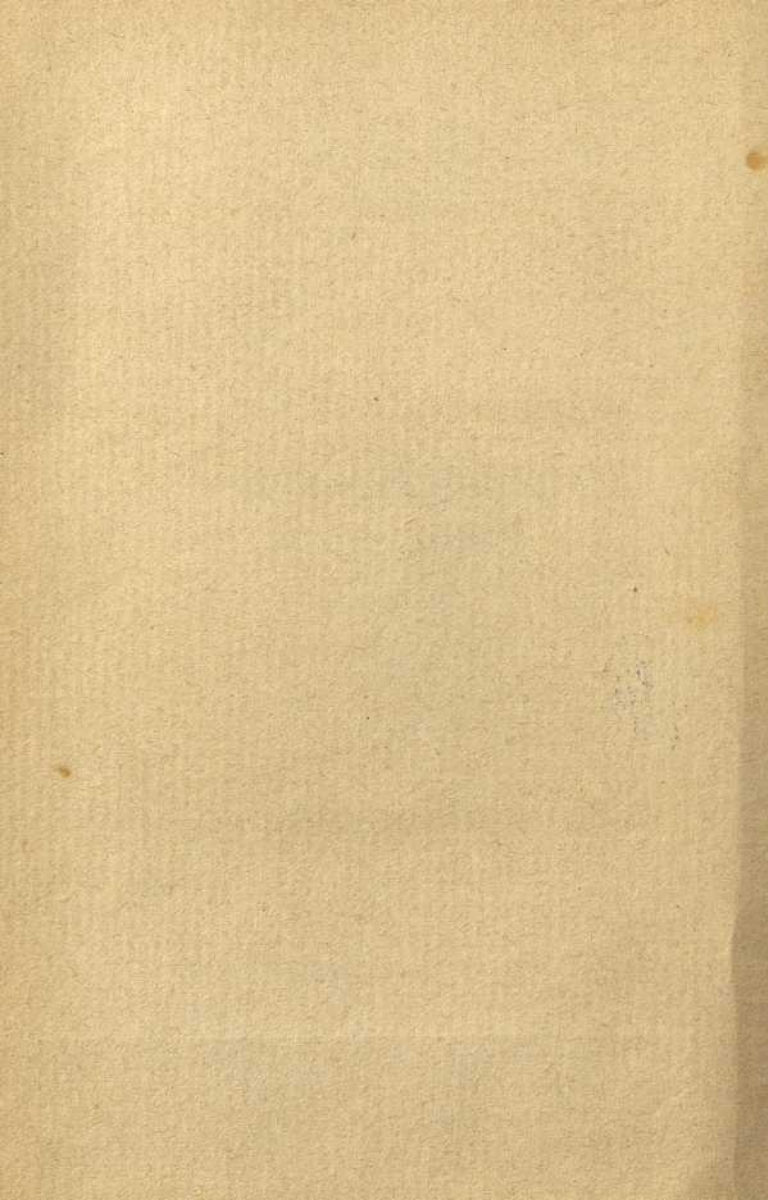










Juan F. Muñoz Pabón, Pbro.

Exposición de Muñecas

NOVELILLA DE TRAPO

(Con licencia de la Autoridad Eclesiástica)



SEVILLA

Lib. é Imp. de Izquierdo y C.^ª

Francos, núm. 54

1910



R. 52839

Es propiedad. Se ha hecho el depósito de ejemplares que la Ley previene.

Al Sr. D. Manuel García Rodríguez

Hora es ya de que yo me dé el gusto de dedicar á V. una obra mía, siquiera sea tan baladí y tan de ninguna enjundia, como lo es por su fondo, y hasta por su forma, *Exposición de Muñecas*.

No es esta dedicación sino un pretexto para que vayan nuestros nombres juntos en una misma página, como juntos vamos los dos de paseo por esas calles, y como juntos van en la vida nuestros sentires de las cosas y hasta nuestros pareceres artísticos y aficiones literarias.

Más se merece la fina amistad de V. y más exige el cariño de hermano que le profesa su amiguísimo

Juan F. Muñoz Pabón

Sevilla, 10 de Abril de 1910.

AL PIO LECTOR



Invitado el autor para desempeñar el papel de Jurado en la exposición de muñecas, que habrá de celebrarse durante este mes de Abril en la Ciudad de Sevilla; pensando en la naturaleza ó índole de estos concursos y dada su propensión á romancear las cosas de la vida, vínosele á las mientes en todo su proceso, desarrollo y finalidad la novelilla que hoy te ofrece.

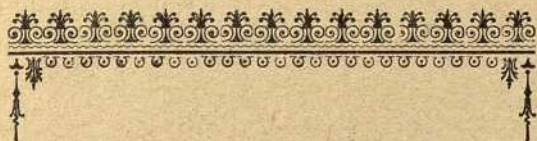
Y para precaver toda sospecha de prejuicios en él como Jurado, te declara honradamente que á la hora de esta, en que pone al librejo coronamiento y

remate, ni ha visto una muñeca de las que para el certamen se aparejan, ni sabe el nombre de ninguna de las expositoras.

Ha querido solamente emitir su juicio, que dista lo infinito de ser infalible, acerca de lo que debe ser una muñeca, y no desaprovechar la ocasión que se le presentaba de moralizar deleitando.

Ojalá haya logrado lo segundo, como tiene para sí que ha hecho lo primero.





I

Y cata un automóvil, pararse en firme á la puerta del bazar, y apearse de él dos damas distinguidísimas.

A ver.... ¿.....?

¡Si viniesen en demanda de muñecas, para la proyectada exposición!... Justo: cabal: hélas ya al apearse del vehículo, detenerse ante el escaparate de los muñecos, antes de empujar decididas la mampara de cristal biselado, que daba ingreso á la tienda.

Parecían desde luego madre é hija: una señorita alta y delgada, con su gran levita Directorio hasta los pies, y una gorra de marta zibelina en la rubia cabeza de sajona, prendida en el cabello

con dos largas agujetas de brillantes falsos. Detrás va la mamá, cruelmente aconselada, para maldita de Dios la cosa, después de todo; pues la gordura física cosa es, como el amor y como el dinero, que, según el dicho popular, no pueden estar ocultos, y, ó se irá para arriba, ó se irá para abajo; pero allí estará siempre, desalojando, con corsé y sin él, igual volumen de aire en la atmósfera, é igual volumen de agua en la tina del baño.... ¡Es un dogma de física la impenetrabilidad de la materia!...

Por lo demás, la señora iba trajeada á las mil maravillas: su abrigo de terciopelo, bordado en "cola de rata"; su boa y su manguito de piel de Mongolia, y sobre los grises bucles, peinados á la inglesa, una *toquette* negra de paja fantasía, sin más adorno que un vaporoso *esprit* de plumas blancas.

El primero de los dependientes, que las vió entrar, se adelantó hacia ellas ceremonioso como un lord... Nadie diría, al verlo tan flexible de espinazo, tan cortesano de ademán y tan insi-

nuante de sonrisa, que era de Algodonales.

—Las señoras dirán en qué podemos servirles.

—Hágame el favor—contestó la mamá, subiéndose el espeso velillo con la enguantada mano y enjugándose la humedad de los ojos con un microscópico pañuelo de holán finísimo, en el que campeaba una corona de conde,—de una muñeca rubia, de unos veinticinco centímetros próximamente.

—¡Para la exposición, como si lo viera! —repuso el dependiente, que la daba de zahorí. Y como á entrambas damas á una les pareciese muy inglés no contestar palabra, se pusieron á repasar de cabo á rabo toda la anaquelería del bazar, la niña, con sus dos ojazos azules, que, de no ser un tanto cuanto reventones, serían una hermosura «partida por gala en dos», y la mamá, con los suyos castaños, ayudados por los impertinentes de mango de carey.

Y había en uno de los anaqueles del bazar una muñeca rubia, de veinticinco

centímetros precisamente. Quien, desde hacia una semana, que se había anunciado la exposición, y que había visto comprar sinnúmero de muñecas para el certamen, ardía en deseos, desaforados á las veces, de un expositor de rumbo que la comprase. ¡Tenía debilidad materialmente—no lo podía remediar—por el lujo y la ostentación; y se le abrían las carnes de serrín cuando cruzaba por su cabecita de porcelana la torcedora idea de tener que vivir perpetuamente en ropas menores, sin más exquisiteces de indumentaria, que el gorrito *bebé* de plebeyo entolado, que, sujeto por debajo de la barba con un moñito de seda rosa, le oprimía los opulentos rizados de crepé rubio!

Así es que, cuando oyó á señoras tan emperequiladas y peripuestas, con tanto terciopelo sirviéndoles de escoba, tantas pieles legítimas en el tocado y tantos perendengues de velillos y de agujetas, de bolsitos de malla de plata y de impertinentes de carey, demandar una muñeca de sus mismas condiciones,

sintió allá en las profundidades de su alma de juguete el eléctrico cosquilleo de la ambición próxima á ser satisfecha: pasó unos cuantos minutos de intranquilidad horrible, á causa de los titubeos del dependiente, hasta que respiró tranquila por finiquito y remate, cuando el hortera (bendito fuera él) echó mano á la caja que la guardaba, desde que la embalaron para la expedición, y, pasándole un plumero para quitarle el polvo, la puso sobre el mostrador, convertido en vitrina y lleno de vanidades de tocador é insensateces de lujo.

—¿No te parece chica?—preguntó la mamá. Y la muñeca hubiese dado un ojo de cristal de su sonrosada carita, por poder alargar los elásticos nervios de carne de ballena, de sus articulaciones....

—Más bien me parece ahora demasiado grande:—contestó la niña.—Y la muñeca hubiese dado el otro ojo, por disminuir de estatura siquiera un par de dedos.

—Saque usted otras: haga el favor.

Y la infeliz muñeca, que no podía llover (no tenía lágrimas), estuvo á punto de encanecer de dolor, como de dolor y espanto encaneció en una sola noche la malaventurada esposa de Luis XVI....

Y empezaron á abrirse cajas y más cajas, y á aparecer muñecas y más muñecas; morenas unas y rubias otras; aquellas, de ojos negros como el azabache, y estotras, ojigarzas; unas, con movimiento en los ojos, como para quedarse profundamente dormidas no bien las recostasen, y otras, con los ojos desmesuradamente abiertos, condenadas las pobrecitas á sempiterno insomnio; quienes, con aparato fónico, llamémoslo así, pues decían papá y mamá con claridad pasmosa, y quienes, desprovistas del inapreciable don de la palabra, que tanto ennoblece al hombre.... y de que tantísimo suelen abusar las mujeres.... Las lectoras me perdonen.

¡Ah! ¡qué rato! ¡qué rato de incertidumbre más atormentador! ¡qué eternidad de angustia, encerrada en el interés

valo de unos cinco minutos!.... ¿Quién sería la elegida, de entre tantas llamadas?....

Afortunadamente para la rubia de los veinticinco centímetros, unas pecaban de chicas y otras de grandes; unas de inexpresivas y no pocas de feas: por donde, tras otros cuantos minutos de deliberación entre las compradoras, se convino en que aquella era la más á propósito, y se entró en trato, para adquirirla.

Lo de siempre que intervienen señoras en tratos comerciales: que si tira, que si afloja, que si patatín, que si patatán, hasta que vinieron á un acuerdo vendedor y compradoras, y del portamonedas de la mamá salió el precio estipulado: un billete de veinticinco pesetas y un duro en plata.

¿¿Seis duros nada más??.... ¡Y ella, la muñeca digo, que creía que no había en todo el mundo dinero suficiente para comprarla!....

¡Lo mismo, mismísimo, que sinnúmero de seres de carne y huesos, que se-

rían un negociazo colosal, en expresión del poeta del Dos de Mayo, si, comprados por lo que valen extríctamente, pudieran luego ser vendidos en lo que ellos se estiman....

Unos minutos de meditación sobre estas palabras, y capítulo aparte.





II

Y lo mismo fué verse la muñeca en automóvil, que encontrarse á dos dedos de perder el juicio. Si no el de la velocidad, pues el vehículo iba á paso casi de carreta, (las calles de la Ciudad del Betis, por ser estrechas y tortuosas en demasía no permiten correr cosa mayor), si no el de la velocidad, vuelvo á decir, le entró desde luego el vértigo de la vanidad más desatentada. No hay cosa en el mundo que se suba más á la cabeza que el humo de la gasolina, y más si la cabeza á que ha de subirse está tan desprovista de meollo como la de la protagonista de nuestra verdadera y puntual historia.

Desde luego se echó á pensar, cuando

todavía no habían entrado por la calle de Velázquez, que una gente tan principal como aquella, sobre todo aquella niña tan elegante y *com'il faut*, no habría de vestirla para una exposición tan cacareada, sino de manera elegantísima y espléndido modo... ¡Lo menos, lo menos en que había de cristalizar su encantadora figurita era en Ofelia de Shakspeare, ó en Margarita de Goethe; en "La Estrella de Sevilla", de Lope, ó en Rosaura de "La Vida es sueño", de Calderón.... y se le vino á la memoria el célebre parlamento de la dama en el final de la escena II del primer acto:

Con asombro de mirarte,
Con admiración de oírte,
Ni sé qué pueda decirte,
Ni qué pueda contestarte:
Sólo diré que á esta parte
Hoy el cielo me ha guiado
Para haberme consolado,
Si consuelo puede ser
Del que es desdichado, ver
Otro que es más desdichado.

Cuentan de un sabio que un día
Tan pobre y mísero estaba,

Que sólo se sustentaba
De unas hierbas que cogía.
¿Habrà otro, (entre sí decía)
Más pobre y triste que yo?
Y, cuando el rostro volvió,
Halló la respuesta, viendo
Que iba otro sabio cogiendo
Las hierbas que él arrojó.

Quejoso de la fortuna,
Yo en este mundo vivía,
Y cuando entre mí decía:
¿Habrà otra persona alguna
De suerte más importuna?
Piadoso me has respondido;
Pues volviendo en mi sentido,
Hallo que las penas mías
Para hacerlas tú alegrías
Las hubieses recogido....

Mas tornásemos, tornásemos á la tra-
pería histórica ó literaria.

Un traje que también le gustaría
sobremanera era el de la reina Artemi-
sa pintada por Rembraudt: suelta á la
espalda la opulenta cabellera de hebras
de oro, los sarteles de perlas en cabeza
y cuello, los pendientes de perlas aca-
labazadas en las orejas, las ampulosas
mangas de brocado, y el espléndido co-

llar de esmeraldas y de rubíes, pendiendo en doble bamba del fastuoso broche... ¡Dios, qué cosa más bonita!

Pues no le decía á usted nada, si tenían la ocurrencia de vestirla de menina á lo Felipe IV, con halda de tontillo descomunal, lazos y plumas en el peinado á lo Velázquez... ¿Y por qué, por qué no, de *Madame Pompadour*, con ahuecados *faniers* saliéndole por debajo de la puntiaguda cotilla Luis XV, el genial pliegue Watteau partiendo de la espalda, y el voluminoso sombrero en la empolvada cabecita? ¡Lo de coqueterías que había de hacer, con el abanico de plumas en la enguantada mano!...

Pues ¿dónde le dejaba usted uno á lo Reina María de Médicis retratada por Rubens, con el cuello que ha perpetuado el apellido de la dinastía en la historia de la indumentaria, sirviendo como de marco al rubicundo rostro, y contrastando gallardamente por su nitida blancura con el oscuro terciopelo del señoril justillo?

Todavía, sin embargo, le gustaría

acaso más que todo esto, hacer resurgir la personalidad histórica del legendario tipo de María Estuardo: con su brial de terciopelo rojo, acuchillado de raso negro; el blanco velo de corte sobre las mangas perdidas; la acanalada gorguera, sobre el drapeado cubrescote; la escarcela bordada y el silbato de oro pendientes de la gentil cintura, y la escofieta de encajes en derredor de la soñadora cabecita, que, predestinada por Dios á ceñir tres coronas, hubo de rodar á la postre al sacrilego hachazo del verdugo... ¡La muñeca sintió escalofríos de terror trágico ante la negra silueta del castillo de Fotheringay que se dibujó en su fantasía, al recuerdo de la muerte de la Reina de Escocia, y hasta le pareció ver el falderillo, que pinta el Padre Coloma, lamiendo entre tristes aullidos la derramada sangre de la Reina Mártir! y para ahuyentar de sí todo pavoroso fantasma, se dió á pensar lo linda que estaría, representando la Fornarina de Rafael con su bandeja de frutas y de flores.... La Beatriz Cenci, ó

la Gioconda de Leonardo de Vinci.... La infanta Isabel Clara, retratada por Sánchez Coello; la Madame Viger-Lebrum, pintada por ella misma, y que se conserva en el museo de Versailles; la Duquesa de Oxford, esmaltada, más bien que pintada por el genio de Van Dyck, ó la Infantita Doña Ana Victoria, de Largiliere....

Pero nó: ella quería algo más que todo esto último, con ser ello tan seductor y tan peregrino.... Ella quería cristalizar en reina, y en reina ecuestre: la Doña Isabel de Borbón, pintada por Velázquez.... la Isabel la Católica de Pradilla en su hechicero cuadro «La rendición de Granada». Imaginárase usted una corona de oro en aquella preciosísima cabeza suya.... un espléndido faldellín, blanco tirando á crema, colgando por encima de las gualdrapas rozagantes, y un regio manto azul, sobre los soberanos hombros.... Apuntara usted un brioso corcel, blanco como la propia nieve, llevado de las riendas por apuesto y garrido palafrenero, y....

¡el disloque! ¡el disloque de muñeca, que en tal guisa y talante hiciese en la exposición su triunfal entrada! ¡Boca-bajo todo el mundo!

¿Qué? ¿que lo del caballo iba á ser muy complicado? pues pusiéranla á pie, bien de Doña Inés de Castro en "Reinar después de morir", bien de Reina María Luisa en el cuadro inmortal de Goya "La familia de Carlos IV", ya que estaba tan en moda á la sazón todo lo de gusto Imperio. Lo que ella quería ¿sabía usted? era cristalizar en una reina, fuese quien fuese, ó llamárase como se llamara: incluso una Isabel II, en la perversa época de su primer viaje á Andalucía, con todo su ampuloso polle-ro ó miriñaque, y su falda de tres faralaes á la gitana; con sus mangas de ángel y su peinado de cocas... A bien que ella era también carirredonda y pelitaheña como la augusta madre de Alfonso XII... ¡Tipo más á propósito que el suyo para resucitar la simpática figura de la Reina de O'Donell y de Prim, de la toma de Tetuán y de la batalla de los Castillejos!...

En estas y como estas, y con todo un mundo de telas y de encajes, de joyas y de flores en el huero caletre de la muñeca, hubo de llegar por fin el automóvil á una magnífica casa del aristocrático barrio de San Vicente. Se apearon las dos damas, terciada al brazo de la joven la caja de cartón en que iba nuestra soñadora protagonista; y, entre dobladuras de espinazo, por parte de la numerosa servidumbre que al paso se encontraba, subieron la alfombrada escalera de mármol granadino: á menudos saltitos, la joven; y la madre, renqueando, y con asfixia, y agarrada al pasamano de reluciente azófar, como el náufrago á la tabla salvadora....

¡Son muchos kilos, para subidos á pulso, ciento siete kilos!





III

Era la hora de almorzar en la casa de los Condes de Valflorida, y sentábanse á la mesa, de la que perentorios quehaceres en el casino habían excluido al Conde, entre la señora que conocimos en el bazar, y que no era otra que la Condesa del sobredicho título, y su encantadora hija Consuelo, heredera de él, que, como damas y como anfitriones, ocupaban los testers principales, el laureado escultor, Arturo Salobreña, y el pintor de más nombradía de la Ciudad del Betis, Angel Peñarrubias, que ocupaban á su vez entrambas cabecezas.

Cuanto pudiera decirse de lo lujoso del mobiliario del comedor, de puro es-

tilo inglés, y de la rica vagilla de porcelana inglesa, así como de los demás pormenores de lencería y cristalería del servicio, cosa es que puede muy bien escamotearse, por no hacer para nuestro cuento ni tanto así de la falta. Baste decir que todo ello hubo de parecer á la muñeca, que, como criada en un bazar elegantísimo, estaba al tanto de todos los refinamientos del lujo y de todas las exigencias de la moda, hubo de parecer, vuelvo á decir, exquisito en su género: desde los cincelados de la plata de fruteros, bandejas, salseras y *corbeilles*, hasta los uniformes de la galoneada servidumbre; desde el tapiz de Esmirna de debajo de la mesa de tallado roble, hasta el friso de platos mudéjares que corría por todo lo alto de las paredes de la espaciosa pieza; desde el adorno de flores—lilas blancas y culantrillos—hasta la áspera vitela de intonsas barbas, en que, con firmes y masculinos caracteres, estaba escrito el succulento *menú*.

—Pues sí—decía la Condesa, ya en el

plato de entrada:—Consuelo, de concurrir á la exposición, claro está que no habrá de contentarse con una simple mención honorífica. Y, lo que yo le he dicho: que Peñarrubias te haga un dibujo, ó que Salobreña, que tanto entiende de indumentaria, te... ¡vaya! te aconseje y te ilustre y hasta, si á mano viene, te lo dirija todo; y, entre los dos, que son tan artistas, verás tú qué muñeca, la que puede presentarse.

(Brinco de la interesada dentro de la caja de cartón).

Ella está muy encaprichada en presentar una Dubarry, que admite telas bonitas y encajes legítimos, joyas y flores, y hasta el abaniquito de juguete, estilo Luis XV, que está en la vitrina grande del *boudoir* y que tanto les gustó á ustedes el otro día. Pero, si á ustedes les parece que se elija otro tipo histórico cualquiera, nosotras lo que queremos es acertar.

—Yo no veo inconveniente—replicó el escultor, con gran contentamiento de la muñeca, que se veía ya en su ima-

ginación haciendo monadas con el abanico,—en que sea una Dubarry. ¿No te parece?—preguntó al otro artista.—Con tal que esté bien caracterizada, el tipo es lo de menos.

—Pues yo—dijo el pintor,—la verdad sea dicha, Condesa, opino que debiera prescindirse, para una exposición así, de cosas manoseadas y sabidas de memoria por todo el mundo. No hay concurso de muñecas ni baile de trajes, en que no salgan á relucir las Pompadours y las Dubarrys, las Margaritas de Fausto y las Desdémonas de Otelo, las Semiramis y las Safos, las....

—Es que ahí está la cosa, Peñarrubias—arguyó Consuelito, sirviéndose media pechuga de perdiz y disponiéndose á darle cristiana sepultura, porque era una niña muy cristiana:—que, como todas cuando llegan locaciones como esas, lo que queremos es un traje bonito y que se meta por los ojos, pues.... tenemos que echar mano de los que más se prestan á la elegancia y al lujo.

—Mire usted: pase eso del lujo, cuan-

do se trata de vestirse ustedes, ya que ustedes no conciben ordinariamente elegancia sin relumbrones y sin fastuosidad. Pero ahora que no se trata de ustedes mismas, sino de una simple muñeca bien caracterizada, vamos á dejar á un lado todo alarde de ostentación, y hagamos una verdadera obra de arte. Un primor de sastrería muñequil. Una cosa que llame la atención y que sobresalga por lo sobria, por lo encajada y por lo justa. ¿Vale acaso menos el busto que éste modele—señalando al escultor—por ser de barro, que ese centro de mesa, con ser de plata?.... Como lo de menos en una obra de arte es la materia, lo de menos en el vestido de una muñeca es la riqueza de los materiales, pues medio metro de tela, por rica que sea, está al alcance de todas las fortunas. Lo de más, á lo menos para mí, es la elección del tipo primeramente, y la acertada ejecución después. ¿Podrá suponer nadie que si no se gasta usted arriba de dos ó tres duros en vestir una.... ansoana, pongamos por caso, es porque no

puede gastarse cincuenta ó sesenta, en vestir una increíble?....

—Bueno, Angel—replicó Arturo conciliadoramente:—¿Y por qué no buscar esa justeza histórica y perfección artística, que tú quieres y que en efecto debe buscarse, en un tipo lujoso de suyo y deslumbrador y aparatoso?.... ¿No es la exquisitez en los pormenores y la nimiedad en el detalle lo que constituye según tú el encanto en una muñeca? ¿Pues por qué ha de ser en una ansoana, y no en una increíble?

—Por lo que ya te he dicho, y si nó á tí, á Consuelo. Porque increíbles (y quien dice increíbles, dice toda la turbamulta de que hablé poco há) las habrá á porrillo, mientras ansoanas (y quien dice una ansoana dice.... una aldeana holandesa, como las que tú haces, ó una bretona) no habrá arriba de una, si es que la hay.

(Aparte de la muñeca)—¡Ni maldita la falta que hace ninguna!

—Pues á mí, amigo Angel—replicó la Condesa, llenando el vaso de agua, y

colocando el jarrito de cristal de Bohemia sobre la circular servilletita de encaje inglés—me parece lo mismo que á Arturo: que puede componerse muy bien la propiedad del tipo con la riqueza en la indumentaria, y que donde está una muñeca con encajes, y flores, y plumas, y joyas, no está, porque no está, una aldeana con saya de estameña.

—¡Muy rebien dicho!—murmuró la muñeca en su interior.

—Si yo no niego eso, Condesa, ni lo he negado nunca—replicóle el pintor algo amostazado, limpiándose con la servilleta los grises bigotes:—lo que digo es que, por lo mismo mismísimo que á la inmensa mayoría le da por ahí, corremos el peligro de una verdadera indigestión de muñecas aparatosas y deslumbrantes, y acaso no haya una, pero ni una siquiera, donde pueda descansar la vista de tanta chillonería de color y tanto relumbrón de rasos y de lentejuelas. ¿Por qué hace usted servir ahora este plato de legumbres, después de tanta *côtelette* y tanta pechuga de per-

diz?—Y el pintor acabó de servirse dos medias alcachofas con guisantes y espárragos, entre virutitas de mantequilla fresca.—¿Es, acaso, porque no tiene usted para otro plato de carne más? Pues es sencillamente porque, tras una tortilla suculentísima y un arroz iden de lienzo; tras unas *cotelettes* y unas pechugas en salsa, y en previsión de un pastel de estorninos, como el que nos espera todavía, si no miente el *menú*, resulta agradabilísimo este compás de espera de legumbres: este.... “oscuro,” culinario, por decirlo así, entre tanto carmín y verde veronés, y siga la metáfora; este entreacto hasta de descanso para la dentadura, que no tiene ni que masticar, sino dejar á ello solo colarse sin sentir....

Un criado desde la puerta:—Las Señoritas de Fontamarga.

—¿Se puede?...—Y aparecieron entre las blasonadas piernas de la cortina de terciopelo verde botella de la puerta que daba al salón, dos hechiceras muchachas de la edad de Consuelo, vesti-

das de mañana y tocadas de blondas.

—¡Adelante!—Y los cuatro comensales se pusieron de pie: ceremoniosos los invitados, y cariñosamente expresivas las de la casa. Crujieron sedas y sonaron besos. Hubo saludos masculinos de exquisitamente cortesano comediimiento y monísimas sonrisas de distinción suprema, con dobladuras de talles femeninos.... Y á sus asientos los que á la mesa estaban, y á ocupar dos sillones de cuero repujado las dos recién venidas.

¡Hacía un calor horrible!... ¡vaya: horrible!... Y eche usted zarandeos de los abanicos y revolotear, por consiguiente, de bucles y de blondas. ¡Figuráranse! ¡las tantas ya de la tarde, y no haber descansado desde las diez de la mañana! ¡Claro! ¡La confiscada exposición, que las traía de cabeza por esas tiendas del enemigo en busca de menesteres de indumentaria! ¡Y qué Sevilla aquella, hija, tan sin recursos para nada!... ¡Miraran que no haber en toda calle Francos, cuan larga era, ni siquie-

ra una tela Luis XV!.... Porque lo que ella decía: ¿quién vestía una *Madame Pompadour* con un raso cualquiera, de un color uniforme?

—A todo esto—interrumpió la Condesa,—no se os ha dicho si queréis almorzar.

—Gracias, tía Concha. Nos hemos desayunado en el Buen Gusto con la *Miss*, previendo que no íbamos á acabar en todo el santo día, y no tenemos gana. Si hay helado, lo tomaremos, ó por lo menos lo tomaré yo, porque es que vengo frita.—¡Mira!—(al criado)—Sírvenme fresas... No más. Muchas gracias. Pues sí. Pienso en una *Pompadour*, ¡vaya! despampanante. La de Julieta queremos que sea una *Margarita*....

Movimiento de cabeza por parte del pintor, y mirada de inteligencia con Consuelo.—¿Lo ve usted?—quería decir.

—Y tú, Consuelo—preguntó la menor de las Fontamargas, sirviéndose también buena ración de fresas y espolvorizándoles razonable cantidad de azúcar,—¿compraste la muñeca?

—Ayer tarde, á la vuelta de paseo.

—¿Y por fin la vistes de Dubarry?

—Hasta ahora, eso pienso.... Digo: si es que Peñarrubias no me convence.

—Convencerte ¿de qué?

—Pues de que se decidiera por algo más nuevo, ó á lo menos, por algo menos manoseado que todas esas antiguallas, y usted perdone, de Margaritas y Pompadours.

—¿Y qué va á hacerse entonces?

—Dice que una aldeana bretona... ó una ansoana... ó...

—¡Quita, quita de pobreterías y de lobregueces!... ¡Habiendo telas ricas y colores bonitos!... ¡Estos artistas siempre están fuera de la realidad!... ¡Es que no puedo con los hombres de talento!... ¡Cosa más imposible!

—Oye, tía Concha.—saltó la primera de las Fontamargas:—las que van á poner el mingo son las de Gaztelu. Están vistiendo un Duque y una Duquesa del Quijote, que es lo que tiene que ver. La Duquesa, sobre todo, dicen que es una monería: han copiado la primera

Marquesa de la Alameda, pintada por Coello, de la galería de retratos de Manolo Valla-Real, y dicen que es un hechizo de muñeca. Nosotras no hemos visto todavía nada más que el gorrete de terciopelo negro, con un joyel de esmeraldas y rubies antiguo que ellas tienen, unos hilos de perlas y un pomponcito de plumas blancas, que se lo ha hecho Tránsito, la sombrerera de la plaza del Triunfo, que es la que nos lo ha enseñado, y no pueden ustedes tener idea de nada más delicioso. Y las perlas, no crean ustedes: son legítimas....

—¡Digo, digo!—exclamó la heredera del Condado de Valflorida.—¡Para que se vaya una á la exposición con bayetas y alpacas!

(Nota marginal de la muñeca)—¡Pues ya se ve!

—Así es, amigo Peñarrubias, que me tiene usted que traer un modelo que deje tamañitos así á esos señores Duques del Quijote, ya que hemos convenido en que las Dubarrys y las Pompadours son una vulgaridad de pacotilla.

—Por mí, cuando usted quiera: indique usted el tipo, y...

—Pero si no hay que hacer modelo ninguno:—se permitió objetar Salobreña.—Tu Doña Juana la Loca: la de tu cuadro «Duerme, duerme», ¿qué mejor tipo?

—¡Verdad que sí!

—¡Magnífico!

—¡Nada! ¡aceptado!

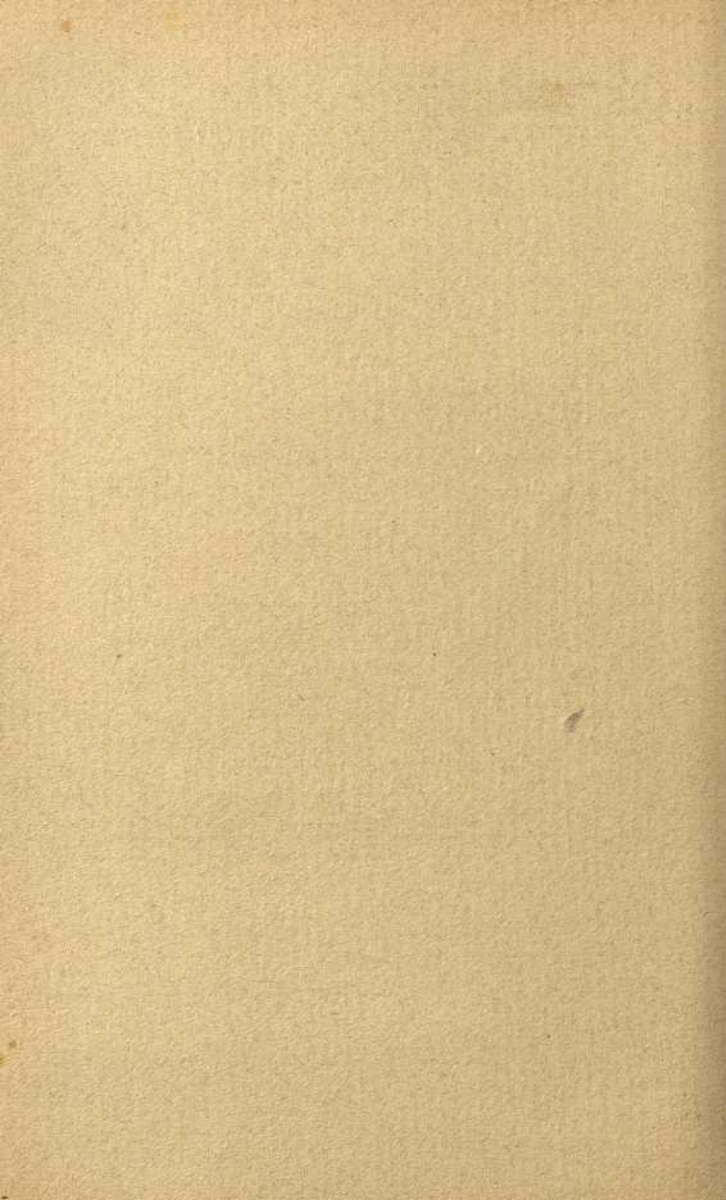
—Pero...

—No hay pero que valga. Su Doña Juana la Loca.

Y la futura Doña Juana saltó en el manicomio de la caja de cartón, loquita de alegría, canturreando el estribillo de su extraña locura:

Ensiella, ensiella, encalabaciella,
El Rey Don Juan casó en Castiella.
Todas las damas convidó
Si non una que y dexó...







IV

Una cosa que no le cabía en la cabeza á la muñeca, con tenerla vacía enteramente: que la presunta Condesa de Valflorida, que escribía á la perfección.... si por escribir á la perfección se entiende tener una letra soberana, aunque se claudique en ortografía; que sabía el francés y el inglés, mejor que el castellano... lo cual no era mucho decir, y que manejaba á medias el alemán; que disertaba de historia, geografía y física, mejor que muchos bachilleres en artes; que modelaba barro y pintaba acuarelas; que conocía algo el *violoncello*, que poseía el piano y dominaba el arpa, no supiese, sin embargo, manejar una tijera, ni enhebrar una aguja. ¡¡Cosa más

particular!!.... ¿Dónde se habría educado aquella señorita?....

Y era que lo que no se le traía hecho de París, venía de San Sebastián, y lo que no venía de la Capital donostiarra, se compraba á tocatejas á las modistas exóticas que venían anualmente dos ó tres veces al hotel de Madrid. ¿Arreglar lo del año pasado?.... ¡Eso era muy cursil!.... y sobre todo: que para eso estaban las modistas de la localidad. Hasta los donativos para el ropero de Santa Victoria, ó para el de las Conferencias de San Vicente de Paul, á que pertenecía, era de obligación de la costurera de la casa.

Esta fué la encargada, por consiguiente, de la "confección," del traje de la Doña Juana la Loca en miniatura, como ya Peñarrubias lo había sido de trazar el modelo (un apunte de la Doña Juana de su cuadro) y hasta de cortar él mismo los moldes ó patrones.

Era la tal Doña Juana de Peñarrubias, sorprendida en el momento inmortalizado por Tamayo en su drama "Lo-

cura de Amor,, (momento, con perdón sea dicho de los manes del gran dramaturgo, el más desencajado y fuera de quicios de toda la obra, y hasta de todo su teatro, pues ni al mismísimo demonio se le ocurre traer á Felipe el Hermoso, agonizante en un sillón, para que muera en la escena y dé lugar al—¡duerme!.... ¡duerme!—revelación de la rara locura de la infelice Reina de Castilla); era, vuelvo á decir, en el hermoso cuadro del genial pintor hispalense, una figura interesantísima y de una suntuosidad en el atavío abrumadora.

Tocada á la Borgoñona, vestía una saboyana de brocado de oro y verde toledano, y un balandrán de morado velludo, aforrado de armiños y recamado de castillos y de leones, de la traza heráldica de la época; pues lo mismo el velludo, que el brocado, las creas de los abullonados de las mangas, que los encajes flamencos de los pronunciados brahones del balandrán, que habían servido al pintor para vestir su modelo, eran de rigurosa autenticidad histórica.

Pero echárales usted un galgo á aquellas telas, rancias de tonalidades y de dibujo gótico todavía, para ser reproducidas en pequeño... ¡Vaya por Dios, y qué chillón, por un lado, y qué tieso, por otro, resultaba en comparación de aquellas amortiguaciones y chafaduras, de aquellos diluimientos y vaguedades exquisitas, todas "las existencias" de las tiendas de calle Francos!...

¿Dónde ir por un brocado semejante á aquel?.... Y Salobreña, coleccionador insaciable de trapos viejos, aprontó un retacete de tisú de oro y verde, de donde pudo salir la saboyana....

Pero.... ¿y todo lo demás?.... ¿Dónde dar con un terciopelo que combinara con aquel tisú y que, por otra parte, plegara bien?....

Acaso en los bien repuestos roperos de la Condesa habría algo aprovechable.... ¡A ver!

Y, tras un cuarto de hora de rebusco por perchas y cajones, se tropezó por fin con una "salida de teatro", de terciopelo *frappé* de los tiempos de Mari-

castañas, morado oscuro en los realces y heliotropo en el fondo, que, por ser de pie de seda y estar desaderezado por el tiempo, plegaba á maravilla.... A ver.... A ver....

Y se cortó el balandrán y hasta se hizo. Pero, sobre no gustar á Consuelo cosa mayor, hubo de crispar los nervios á la muñeca, que se pareció, al mirarse en el espejo, como comprada en el rastro, ¡en el Jueves, como se llama en Sevilla el semanal mercado de trapos desinfectables y de cachivaches inservibles que, empezando en las callejuelas de Regina, llega hasta Omnium Sanctorum!... ¿Y aquellas eran, Señor, las grandezas humanas.... qué diría su nieta Doña Juana de Austria cuando la viera loca de remate en el alcázar de Tordesillas?

.
Esta línea de puntos suspensivos equivale á un día de dudas y de perplejidades por parte de Consuelito, y de un humor de perros, por parte de la muñeca, que no se gustaba así,
.

.
y este otro par de líneas, á una tarde, una noche y una mañana larga de talle, de paseo en la orilla del rio, de Opera en el teatro de San Fernando, y de sueño tranquilo y reparador, todo ello respectiva y sucesivamente, por parte de la primera, y de amargo desengaño, de tenaz insomnio y de mortal aburrimiento, por parte de la segunda.

La Señora Condesa fué la que al día siguiente solucionó el conflicto, después de almorzar.—Mira—dijo á Consuelo cuando vió á la muñeca tan sobada y desteñida:

—Esto no puede pasar. No sé por qué razón se han de vestir de viejo los personajes históricos.

—Es que como cada época ha tenido sus modas....

—Pero nunca lo habrán sido los guñapos en la vestidura de los reyes. Comprendo que si Doña Juana no se hubiese desnudado desde entonces, estuviese en el día de hoy como para cogerla con una tenaza. Pero nosotras no

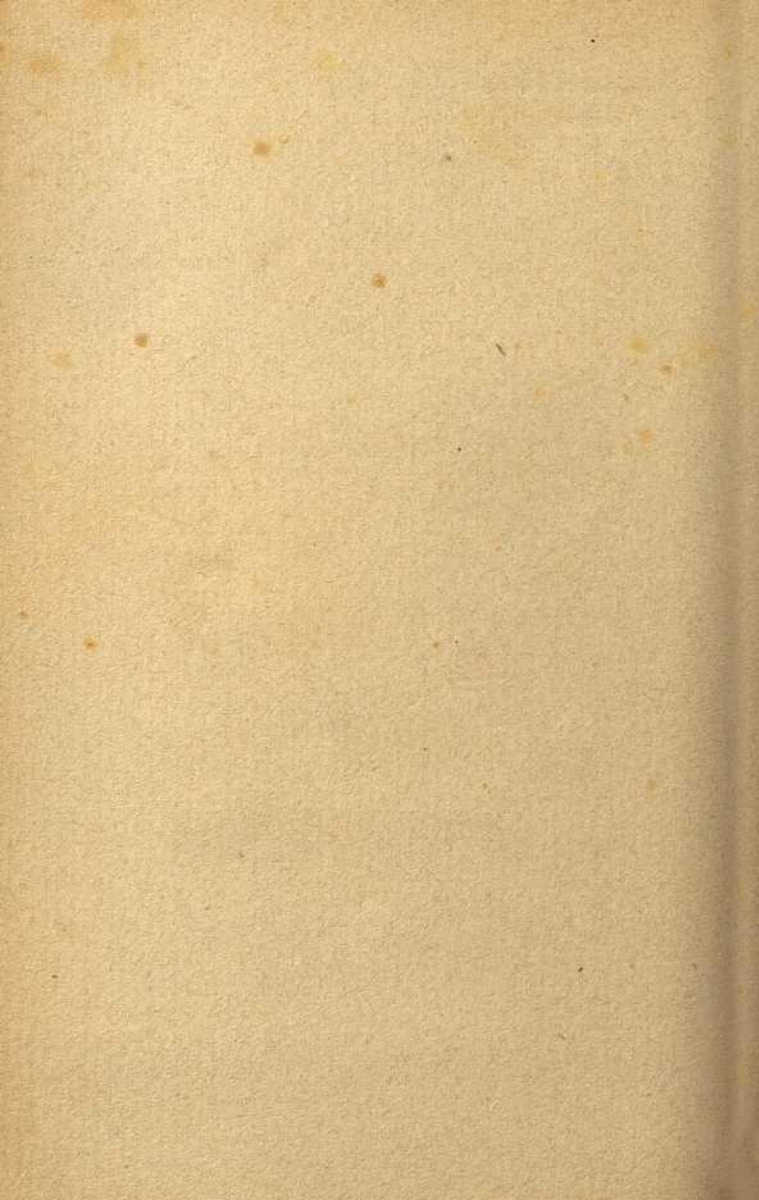
vamos á presentarla como estaría hoy, de no haberse desnudado; sino como estaría cuando le trajo el traje la modista.

—Entonces ¿qué hacemos?

—Pues prescindir de harambeles con sobaduras y guñapos con pátina. Después de todo, una reina de dos mundos no iba á estar hecha un Judas de sábado santo. Copiemos solamente la forma ó la hechura y vámonos por ahí en busca de telas nuevas. Anda: ponte el sombrero, y vámonos á Casa de Camino...

¡¡Ramón!!.... ¡que enganchen!







V

Pasaron unos días (dos ó tres creo que fueron) en que, ni vió la muñeca alma viviente, ni supo una palabra de su indumentaria definitiva.... Desde luego se imaginaba que había de ser lujo-sísima, á juzgar por las manos en que estaba el pandero. Pero, ¡le gustaría tantísimo saber siquiera el color y clase de las telas, para tener ocupado el pensamiento en algo!....

No le daba mala espina que tardase tanto, siendo así que “el despacio hacía cucharas,,.... ¡Con que después de todo no se resolviese tanta espera en algo por el estilo del parto de los montes!....

Fué de muy buen augurio para ella el que el más afamado zapatero de la Ciu-

dad viniese á tomarle medida de un calzado: no ya, cabal y precisamente, porque la diese del pie, que, si señor, la daba, ¿porqué negarlo?; sino porque, si por el hilo se saca el ovillo, el calzado con la firma de un industrial de universal renombre podía ser para ella el hilo del ovillo de oro, de un atavío verdaderamente regio.

Y no se engañó por cierto ni en el canto de una peseta, cuando llegó la hora.

.
¡Yal! ¡ya venía allí todo, en aquel azafate, que acababa de llegar de casa de la modista!.... ¡Así se hacían las cosas!.... ¡Bien por el rumbo!.... ¡Peste de galas caseras!....

Lo que gozó aquel cuerpo, al calzársele aquellos escarpines de tisú de oro, ¡de tisú de oro, nuevo!! que ellos sí que podían materialmente colgarse de las orejas... ¡Aquello sí que era un calzado como para una reina de dos mundos! ¡Dios, que cosas más bonitas!... Pues no le quiero decir á usted nada, cuando se le ajustó al talle aquella saboyana de

gasa blanca, bordada en cristal, y se le echó por los hombros aquel balandrán ó tabardo de terciopelo granate, con salpicado de lentejuelas de oro, supletorias de los castillos y leones del figurín, y vió asomar por los amplios brahones de la rozagante veste las ajustadas mangas de joyante raso color de rosa—musgo, con bullones de holán finísimo en hombreras y coderas....

¡Dejáranla! ¡Dejáranla por Dios asomarse un instante al espejo del gabinete y mirarse y remirarse en la biselada luna veneciana, como el Narciso griego en el cristal de la fuentecilla mitológica!.... ¿Qué mucho que una muñeca fuera presumida, siendo así que lo son hasta hombres hechos y derechos que peinan canas, ó, por mejor decir, que no las peinan, porque se las tiñen, pues como dicen muy bien los reclamos de los inventores de tales cosméticos, el que tiene canas y hasta el que es calvo es porque quiere.... un gusto como otro cualquiera?

No le hizo mucha gracia, que diga-

mos, el que le taparan los rubios bucles con la toca á la Borgoñona, pues estaba tan prendada de su melena de oro, como pudiera estarlo de la suya propia el Absalón del libro de los Reyes; pero era de rigor de época el artístico tocado, y tuvo que resignarse con él, aunque de mala gana.

Pero.... ¿por qué? ¿por qué no le habían de poner una corona?.... ¿No la había ceñido por ventura el tipo histórico representado por ella, y ceñídola por derecho divino, hereditario?.... ¿Quizás por que al malángel de Peñarrubias no se le había ocurrido ponérsela á la protagonista de su cuadro?.... Para estar sin corona, más le hubiese placido ser cualquier otra personalidad histórica de más majeza y rumbo.... incluso una odalisca de turbante de gasas y chaquetilla bordada de pedrería, collares de medias lunas y arracadas de esmaltes, pantalones bombachos sujetos á los tobillos por ajorcas de perlas, chales de colorines y abanico de plumas.... ¡Poco que le gustaría á ella ser Moraima!....

¿Las Señoritas de Fontamarga otra vez en escena?.... A ver; á ver el efecto que les causaba.

—¡Monísima!

—¡Hechicera!

—¡Deliciosa!

—¡Divina!—empezaron á decir á coro, no bien entraron en el gabinetito del departamento de Consuelo, y vieron á la Doña Juana la Loca, de pie sobre el velador y dejada caer, ó respaldándose contra un centro de porcelana de Sajonia.—¡Cree que vas á dar el gran golpe, y que muñeca más primorosa no es posible!

—¿Dè verdad?—preguntó Consuelo, que las tenía por ponderativas de suyo.

—Como lo oyes. Y para que creas en la sinceridad con que te lo digo, allá vá la única falta que le encuentro.

—Dila: á ver si es la misma que á mí se me ocurre.

—Pues ¡una corona!

—Yo, como no la tiene en el cuadro la de Peñarrubias.... ¿Ves?—Y le mostró el apunte facilitado por el pintor,

una interesantísima acuarela, dibujada á la pluma, ó, dicho con más propiedad, un soberano trazo, hecho á la pluma y manchado después á la aguada, para dar idea de los colores del modelo.

—Y tú ¿qué tienes que ver en el mundo con Peñarrubias ni con Peñanegras?.... ¿No se trata de una reina de tomo y lomo? ¡Pues su corona al canto! ¡Mira que si fuésemos á no ver más que por los ojos de los artistas, estábamos aviadas! Yo es, hija mía, que los detesto.... no lo puedo remediar, y me pasa con ellos lo que con el confesor: que los oigo sin replicarles, y hago luego después lo que me da la realísima gana....

La muñeca, aunque era protestante (era alemana de fabricación), se escandalizó de pies á cabeza al oír á una señorita católica hablar con tanto desparpajo, y, se escandalizó mucho más, andando el tiempo, cuando supo que eran muchas las que lo hacían sin decirlo, aunque aquella loca de remate lo dijera sin hacerlo.

—Mira, mamá—empezó á decir Con-

suelo, á la Condesa que acertó á entrar: —dicen las primas que le echan de menos una corona.

—¿Y á dónde nos vamos por ella, con el tiempo que falta?.... ¡Si le estuviese buena la del Niño Jesús de la Roldana, que está en el oratorio!....

—Es verdad: ¡voy por ella!—

Y la trajo Consuelito, en un dos por tres.

Se la probó á la muñeca, sujetándosela á la peluca con unos alfileres, y se quedó encantada del efecto.

—Oye, mamá: ¿será pecado desposeer al Niño Jesús, para vestir á una muñeca?....

—Si fuera para siempre— contestó con entonación dogmática la Condesa, que la daba de moralista y de oradora, —no digo que no. Pero no siendo nada más que por unos cuantos días, y eso porque materialmente no hay tiempo para mandar á hacer otra, costara lo que costara, no hay pecado ninguno.— Y se quedó tan fresca con la alcaldada.

Sus oyentes asintieron con hondísima

convicción. A ninguna le pasó por las mientes que aquello tenía dejos y vislumbres de "indigno tratamiento de cosa santa", ni que á una Doña Juana la Loca, de pleno siglo XVI, se le puede poner una corona churrigueresca... aunque se le clavetee á la cabeza con alfileres.





VI

La noche vispera de la apertura de la exposición la pasó la muñeca asaz desasegada.

Como podía descollar entre sus congéneres, á la manera que descuella el cedro secular entre los escaramujos, podía resultar con apabullamiento y descalabraduras, y es necesario mucha sangre fría para echarse á dormir á pierna suelta con el resquemor en el alma del riesgo de un fiasco.

Hasta la hora presente entonces, no tenía ella noticias sino de una Pompadour y una Margarita de las de Fontamarga, y del matrimonio ducal del Quijote, que presentaban las de Gaztelu, que lo mismo que podían no rebasar el nivel de lo vulgar y de lo adocenado,

podían ser muy bien maravillosas preciosidades.

¿Cómo pegársele, pues, la camisa al cuerpo, hasta no ver con sus propios ojos á los contrincantes, con quienes había de medir las armas en la pelea?

Con una lentitud desesperante sintió correr las horas de aquella noche eterna, bostezando de aburrimiento unas veces y sin pegar los ojos de incertidumbre nunca, pues, aunque todos los que la habían visto la diputaban por verdadero hechizo, los dos artistas de marras habían pecado de sobrios en el aplauso.

Con tanto y tanto mirarse al espejo, había acabado por encontrarse un poco discutible. La ropa que le habían vestido le resultaba entonces indómita en demasía, y con el desceñido tabardo se remedaba á uno de esos siempretiesos de papel, de forma cónica, que son el encanto de los chiquillos pobres. La corona tampoco le satisfacía cosa mayor, y le pesaba.... le pesaba en las reconditeces de su conciencia, como creía ella

habría pesado á Victor Manuel de Saboya, á la hora de la muerte, la que había arrebatado al Vicario de Jesucristo.

Lo único que la consolaba de todo esto, porque al fin era muñeca, eran los zapatitos de tisú de oro, que hasta allí los hechizos... ¡Lástima grande, que quedasen tan debajo de la rozagante saboyana! ¡Si pudiese recogérsela por delante con dos coquetones pellizquitos, como las Duquesitas versallescas, cuando bailaban el minué!... En fin y por remate: que no había gusto completo en aquel mundo.

Otra cosa que la amohinaba en gran manera: el temor de que no hubiera en la exposición distinción de clases...

Las de sangre real, fuéramos al decir, esto es, las Isabeles y las Estuardos; Marías de Inglaterra y las Catalinas de Médicis; las Anas de Austria y las Anas Bolena; las Marías Antonietta y las Maria Luisas de Nápoles... las que, para decirlo de una vez, se habían sentado en tronos, empuñado cetros y ceñido coronas, no debían, á su entender, amal-

gamarse ni confundirse con.... la gente de tablas, dijéramoslo así, como las Margaritas y las Julietas, las Ofelias y las Desdémonas, las Estrellas de Sevilla y las Toscas, las Aidas y las Colombinas de "I Pagliaci", las Rosauras de "la vida es sueño", las Ineses de "Don Juan Tenorio". ¡Aún había clases en el mundo, y no era cosa que se codeara con las de coronadas testas la patulea de los *camerinos*!

Con retেমuchísima más razón debieran ser excluidas del cogollo todas las de vida alegre, como las Mesalinas y las Cleopatras; las Marias de Padilla y las Princesas de Evoli, las Dubarrys y las Pompadours.... y no dijéramos nada de la gentuza de escalera abajo, como doncellas y nodrizas, ansoanas y bretonas, valencianas y charras salmantinas, pasiegas y chulas, y tantísima pobretería, en fin, de tipos regionales, á que daba el programa derecho de colarse en la exposición como trasquilado por iglesia.

¡Estaría muy bonito al lado de una

Isabel de Inglaterra, furibunda luterana, un novicio de la Compañía de Jesús, ó una monjita de María Reparadora, ó al lado de ella misma, Reina de dos hemisferios, una gitana, de pañuelo de sandía al talle y la canasta al hombro, ó un cartero con uniforme de verano... Los promotores de la exposición debieran no perder nunca de vista lo de "cada oveja, con su pareja", que dice el refrán; y así no se daría el caso de que se cumpliese aquello otro de "con quien te ví te comparé", que es tan mortificante para los de alto copete, cuando por circunstancias de la vida tienen que sumarse con la gente de medio pelo.

Bueno que un Cardenal de la Santa Romana Iglesia, que de juro habria alguno en la exposición, alternase con un seise de ropilla á lo Austria, y hasta con un monaguillo de sotana y roquete, pues la Iglesia habia sido siempre muy democrática y habia llegado á sentar en el trono de los Pontífices de Roma á humildes pastorcillos de los campos. Bueno que se barajasen Caballeros del há.

bito de cualquiera de las Ordenes Militares con toreros en traje de luces, pues hasta en la vida natural humana diz que era ello harto frecuente, y bueno, en fin, que un armado de las cofradías de la Semana Santa de Sevilla departiese con un *pierrot*, un cuadrillero del Santo Oficio con un hugonote, un maestrante con un *golfo* vendedor de periódicos, y hasta un Emperador Maximiliano II de Van Moor, con un chispero de Goya... Los machos eran otra cosa muy distinta, aunque hubiéralos en la vida tan puntillosos y remilgados para eso de las clases, como cualquier muñeca. Allí lo verdaderamente doloroso sería el hacinamiento y la amalgama entre las del sexo *menosculino*: pues, aunque fuera una misma la naturaleza muñequil, con idéntico origen y destinos idénticos, ¡caramba! ¡que aún había clases en el mundo y los dedos de la mano eran, y no eran iguales!



VII

Entrar en la exposición nuestra protagonista y caérsele todos los palos de todos los sombrajos imaginables, fué todo una misma cosa.

¡Santo Dios! ¡Y cuantísimo lujo!... ¡Y cuantísimo colorín!.... ¡Y cuantísimo relumbrón de lentejuelas y hasta de piedras finas!... ¡Qué arte tan exquisito en los más de los disfraces, y qué carácter tan marcadamente de época en algunos de ellos!

Había una María Clementina Sobiesky, reproducción de la pintada por Nicolás Largillière, que hasta allí la distinción y la elegancia; aunque, eso sí:

entre un nazareno de la hermandad de la Carretería, y un humilde vigilante de orden público en traje de diario... ¡Lo mismo mismísimo que ella se había temido la noche antes: la confusión de clases más espantosa. ¿Querría usted creer que hasta había una Maritornes "tuerta y todo de un ojo y del otro no muy sana," nada menos que al lado de una Princesa de los Ursinos distinguidísima, y como echando el aliento "á ensalada algo trasnochada," á una Safo, copia de la que pintó Alma Tadema oyendo á Faón tañer la lira?...

¡Claro! como que los encargados de la exposición ibanlas colocando conforme iban siendo presentadas. Catára usted ahí el por qué de aquella baraunda de sexos y de edades, de alcurnias y de profesiones, de tipos y de caracteres, de uniformes y de actitudes, de reputaciones y hasta de tamaños, en aquel guirigay de géneros y de colores, en aquella babel de personajes históricos ó imaginarios, semejante á la red de la parábola del reino de los cielos, llena de

peces de todas castas. ¡Con decir que un fraile cartujo de Zurbarán había venido á caer junto á “la maja vestida,” de Goya, y gracias, ¡gracias! que no fué junto á la otra, se dice todo!

Por cierto que un Guardia Civil, no mal parecido él—la verdad en su punto—hubo de echarle al entrar ella en la exposición una miradita incendiaria, que equivalía á una solicitud... ¿Por quién la había tomado?... ¡Una Reina desde el vientre de su madre, hija de la Reina más grande de la Historia y madre del Emperador más grande del Romano Imperio, descender á ponerse en relaciones con un Guardia Civil de tres al cuarto?... ¿Que era muy rubio? ¡Más lo había sido su llorado amor!... ¿Que era muy gentil y muy apuesto? ¡Nunca lo sería tanto como el que había merecido en la nomenclatura de los reyes el dictado de El Hermoso!... ¡Tanto más, que su Felipe no se había muerto, aunque dijera lo contrario el féretro que guardaba su cuerpo adorable.... “Dormía.... Dormía....” ¡Cara de estaca, por

consiguiente, al desconsiderado aquel, que ni siquiera se había llevado la mano al tricornio al entrar ella, y á volverle la espalda para cortarle en agraz toda vislumbre y barrunto de... hasta se enrojecía de pensarlo...

¡Ensiella, ensiella, encalabaciella...

¡Un desaire muy regrandísimo, con toda la soberana majestad y olímpico desdén de una Reina ofendida!.... ¡Así!

¡Dios! ¡y qué desacato á su soberanía, haberle colocado delante nada menos que una *nurse*, como se dice en Inglaterra, ó una niñera, como se dice en cristiano!.... ¡Quitárase de allí aquella cursilona con su liso vestido de alpaca gris, su talma de lo mismo y su infame gorrete de seda negra! ¡Fuérase con viento fresco, largo de allí!.... ¿Qué se entendía? ¿Estar delante de ella, empujando el cochecito de rechoncho bebé?

Impulsos vehementísimos sintió la regia dama de llamar á grandes voces á

su hijo el Emperador Carlos V., que,
vestido del tabardo tudesco,

De rubias motas orlado
Y desabrochado y suelto,
Que deja ver un justillo
De raso jalde, cubierto
De primorosos bordados
Y costosos sobrepuestos,

con que lo vistió en su romance el Duque de Rivas, había venido á parar entre una maja de Don Ramón de la Cruz, con mantilla de madroños y peina de teja, y un Diego Corriente de manta al hombro y trabuco al brazo.

¿Por qué no lo habrían colocado si quiera entre los Duques del Quijote, que dicho fuera de camino, resultaban una parejita encantadora, ya que no con el Príncipe Don Carlos, reproducción del de Coello, que también andaba por allí, ó con el Felipe IV, de Velázquez, con su perro y todo, que había venido á caer junto á una serrana valverdeña?....

¿Por qué aquellas edificantes monjitas de diferentes órdenes religiosas,

pues había dos ó tres, habían de estar en deshonrible contubernio con damiselas de reputación dudosa, ¿qué decía dudosa?, resuelta y descaradamente censurable por el escándalo con que vivieron, como "los tres Cotillones," del libertino Luis XV, una Damita de las Camelias y una Traviatta?

¿Por qué su señora Madre, la Reina Católica, que también figuraba en la exposición, no había de estar con Colón y Cisneros, el Gran Capitán y Torquemada, sino con un payaso y una cigarrera, una coupletista del género chico y un Rata de "La Gran Vía,"?....

Pero fuera usted á buscar orden y concierto donde no había habido más norma y pauta que el turno riguroso de matrícula..... De ahí, estar *pêle—mêle* tirios y troyanos en la más incoherente de las algarabias.

¡Con decir que, para aquello, hubiera sido preferible no haber salido nunca de la anaquelaría del bazar!...



VIII

Y comenzó el desfile de curiosos, señoras en su mayor parte, y con él, y por la libre emisión del pensamiento, la gran diversidad de juicios y de opiniones y el gran batiborrillo de dictámenes y de pareceres.

Lo que á unos sacaba de quicio, por lo exquisitamente artístico y encajado en los patrones de una época histórica, á otros los dejaba tan frescos, y lo que el vulgo y la chiquillería juzgaban estupendo, despampanante y colosal, los de más afinado gusto y más educada vista lo diputaban machucho, mazorrall y "de pueblo,"... ¡Fuera usted á amarrar aquellas moscas por el rabo!... ¡Pusieras... cosas en concejo!....

Hubo de lastimar sobremanera á nuestra protagonista (aunque hacía por disimularlo con habilidad de mujer y di-

plomacia de soberana), el que habiendo habido tantos elogios, estrepitosos algunos de ellos, para todas las clases sociales representadas en la exposición y para los más de los individuos de las diversas agrupaciones ó jerarquías, ninguno, sin embargo, hubiese sido consagrado á ella; y cosa fué que le dió la puntilla materialmente, esta preguntita "sin intención,, que hubo de hacer delante de ella, y señalándola con el abanico, una de las tres hijas del Marqués de Júcar, que andaba siempre de monos con Consuelito, á causa de no sé qué artillero, heredero de un título de Castilla, que había de por medio.

—Oye: ¿esto es un Niño Jesús de Praga?

—¡Calla!... ¡Pues es verdad!

—¡Ja, ja, ja, ja!.....

Y el pitorreo y la chunga más despiadada por parte de los tres pimpollos del Señor Marqués, coreados por la señora Marquesa y por dos madrileñitas, muy currutacas, que pasaban la temporada de primavera en casa de sus amigos los Marqueses.

En cambio, todas á una se quedaron encantadas con la *nurse*.

—Pero, ¿no ves qué zapatitos de tafi-lete, más remonísimos?...

—Pero, ¿no ves qué guantes de cabritilla, más bien hechos?

—Pues ¿y el cochecito? ¡Fíjate en el cochecito!

—Pues ¿y el bebé?

—Hasta el bolsito, mujer; ¡hasta el bolsito que lleva al brazo, en previsión de cualquier desaguisado que se le ocurra hacer á la criaturita! ¡De rechupete!

—¡Deliciosa!

—¡Hechicera!

—¡Primorosísima!

—¡Esto es una muñeca! ¡No ése es-
perpento!

—¡Cuidado con el mamarracho!

—¡Presuntuosísima!

.

Y así, un cuarto de hora, hasta apurar el ditirambo para la *nurse* y dejar á su augusta persona de Reina ungida, madre de dos Emperadores y de cuatro Reinas, á la altura del suelo.

¡Cuánto hubiera dado ella entonces por el temible palo con que en las entapizadas cuadras del alcázar de Tordesillas aporreaba, en los instantes de su extrema locura, á toda la servidumbre del palacio, para blandirlo con desatada furia de demente sobre aquellas procaces currutacas que la estaban haciendo objeto de sus sangrientas burlas!....

¿Reirse de una Reina, viva imagen en la tierra del mismo Dios?.... ¿Burlarse de una cosa tan sagrada como lo es un infortunio, y un infortunio tan lamentable como lo es una locura, y una locura tan interesante en su origen como interesante es para todo el mundo el amor?....

Porque allí lo de menos era, ó debiera ser, la indumentaria de su persona. —El hábito no hacía al monge:—lo de más era el tipo; la personalidad histórica que en ella vivía, para encarnar en un solo supuesto las tres cosas más venerandas de tejas abajo: la realeza.... la desventura.... el amor....

¡Ensiella, ensiella, encalabaciella....!

Y prorrumpió en una carcajada histérica, que se resolvió por fin en llanto: un llanto, que, aunque seco, como una tempestad sin lluvia (ya queda consignado que no tenía lágrimas), le calmó sin embargo el sistema nervioso y la hizo entrar en un período, más que de calma, de abatimiento, fenómeno frecuente en la locura....

.
Todo esto tuvo lugar por la mañana, como entre once y doce. Y como empiecen á esa hora los almuerzos de la gente elegante, é hiciese por aquellos días calor más que de primavera (en Sevilla el mes de Abril equivale al Julio de otras regiones), hubo de quedar la exposición desierta de curiosos, allá hasta cerca de las cinco de la tarde, en que, antes del paseo, se hacía una asomadita por la Casa Lonja, donde se había instalado; horas que parecieron aquel día un soplo á la muñeca, que había cogido miedo á la opinión.

¡Chasco más monumental que el que se había llevado, á pesar de sus chapi-

nes de tisú de oro y de su corona de plata con esmaltes!....

Pero.... ¿por qué amilanarse, después de todo, por el juicio de un grupo solamente?.... ¿Era acaso un grupito de sólo cinco ó seis niñas insustanciales y vacías la opinión pública?.... ¿Quién sabía si otros visitantes de la exposición serían más benévolos de juicio y, sobre todo, más circunspectos en la emisión de él?

¿Veía usted? Ya deseaba que empezara á sonar en la calle el rodar de los coches y á la entrada de la Casa Lonja el abrirse y cerrarse de las portezuelas; y que viniera gente... ¡mucha gente! á ver en qué quedábamos....

Acertaron á entrar unas señoras extranjeras, y apenas si miraron más que á un seise, á una chula y á un nazareno.... ¡Claro!.... ¡Lo exótico para ellas! ¡lo típico de la región que se cree por ahí una *juerga* continua, con intervalos de procesiones y piruetas de seises ante el Santísimo Sacramento del altar!: *Touristas* del montón, que juzgan que se

llevan el alma y el espíritu y como la quinta esencia de la patria de Rioja y de Herrera, de Roldán y de Montañés, de Murillo y de Velázquez, de Monardes y de Fox Morcillo, del Beato Juan de Ribera y de Daoiz, porque meten en la maleta á la hora de irse un par de castañuelas con cintajos de los colores nacionales y un cacharro de Triana. ¡Dejáramoslas embebecidas ante aquellas vulgaridades—después de todo la memez no tenía patria,—y esperásemos, esperásemos horas más prósperas. Dios apretaba pero no ahogaba.

—¡Mira, mira, Mamá!—empezó á decir de allí á poco una señorita muy peripuesta, á la autora de sus días, que se calaba los impertinentes, no tanto para ver mejor, cuanto para ver con más elegancia:—¡Mira qué Guardia Civil más mono!... Pero ¿no ves qué botitas enterizas, más prodigiosas?... ¡Pues mira qué delicia de polainas!...

—¡Oye!... ¡y su calzón de punto!...

—Pues fíjate en la casaca, que es peregrina... Hasta sus leones y sus casti-

llos en los faldones, para que no le falte tilde.

—¿Y el correaaje?... ¿Puede darse en el mundo monería igual?

—Pues lo mejor de todo, á lo menos para mi gusto, es el tricornio; ¿no ves? hasta de felpa...

—Oye: y esa otra muñeca que está junto á él—y nuestra Doña Juana la Loca abrió tanto oído, no siempre ha de ser tanto ojo,—¿es la Virgen del Rocío?

—¿Qué se yo?... ¡Como no tiene Niño!...—Y nuestra pobre Reina Loca no sudaba sangre... porque no era cosa de sudar serrín.

Porque aquello, Señores, había llegado al colmo... ¿Una *nurse* y un Guardia Civil, preferibles á ella, Reina de nacimiento?... ¿Dónde estaba en el mundo de los hombres el tan cacareado sentido común?... ¡Anteponer un vestido de alpaca gris, liso y morondo, á una saboyana bordada en cristal y un humilde tricornio á toda una corona!! ¿Qué? ¿que tenía aire hierático, de cosa santa, co-

mo de Niño Jesús de Praga, ó de Virgen del Rocío?... ¿Qué entendían aquellas pizpiretas marisabidillas de nada que no fuese de *tru-trus* ó metecintas, de sombreretes, ó mejor, sombrerazos, de última moda, y vestidos del recién llegado figurín?... Estudiaran la indumentaria de los pasados siglos y supieran historia, y verían que si en efecto existía semejanza entre ella y la Virgen del Rocío, era cabal y precisamente porque la Pastorcita de las marismas almonteñas vestía como las damas retratadas por Pantoja: con su saboyana de alcuza y sus mangas perdidas hasta los pies; su amplio manto de corte, prendido en los hombros, y su mongil de lienzos holandeses debajo del rostrillo de pedería.

Deseando, deseandito estaba ya que terminara de una vez aquel truculento desfile de necios y de ignorantes, incapaces de formar juicio, como no fuera de un Guardia Civil de munición, de una *nurse* de pacotilla, que eran los que hasta aquel punto y hora parecía como que

eran los que contaban con mayor número de sufragios, y que acabara de venir de una vez, y cuanto antes mejor, el Jurado, compuesto, según se decía, de la flor y nata de los artistas de más renombre y los *amateurs* de más quintesenciado gusto de la ciudad, cada uno de los cuales era algo así como un Petronio, *arbiter elegantiarum*, cuanto más todos ellos, reunidos en cónclave.

Ya veríamos, ya veríamos entonces cómo aquel areópago de autoridades en materias artísticas hacía justicia al verdadero mérito, estuviese donde estuviese, y más si estaba realzado por la realeza de la sangre, y *nimbado*—ya que estaba tan en moda el adjetivete,—por la corona de espinas del infortunio....

Bien vestida, y Reina, y loca de amor.... ¿Cabía en ninguna exposición muñeca más interesante?....



IX

Y como todo llega en este mundo, llegó por fin la hora de reunirse el Jurado. ¡Santo Dios de las alturas, y qué desasosiego, y qué comezones en todas las muñecas, y qué no pegárseles la ropa al cuerpo, y qué latirles aceleradamente el pulso, y secárseles los labios, y pegárseles la lengua al cielo de la boca!

Lo que será en el tremendo día del Juicio para la humanidad, llamada á cuenta, el espeluznante valle de Josafat, era para aquel mundo de seres de celuloide, ó de cartón, serrín y porcelana, la múltiple anaquelaría de aquella exposición. El teatro donde se iba á levantar un tribunal inapelable para

otorgar el premio á quien lo mereciese, y castigar con el látigo del desdén, el silencio y el olvido á quien no se hubiese hecho acreedor ni siquiera á una triste mención honorífica....

Y como en aquel verdaderamente horrendo día habrán de temblar de miedo hasta los más grandes santos de los altares, temblaban en presencia del Jurado, como leves aristas azotadas por el huracán, hasta las más engreidas de las muñecas.... ¡Una cosa es el vulgo, que no pasa más de las apariencias de las cosas, y otra cosa es el ojo escrutador de un juez que quiere hacer justicia seca y penetra.... ¡hasta en las profundidades de.... la ropa blanca!...

Porque—¿Han visto ustedes detenidamente cómo está vestido por dentro este Guardia Civil?—empezó á decir uno de los jueces, que probablemente estaría interesado por el de la Benemérita, por donde nuestra heroína estuvo á punto de declararlo recusable.—Verán ustedes—siguió diciendo el juez,—verán ustedes qué calzoncillos blancos, hasta

con su marca en punto cuadrado y todo cuento —Y cata al pobre Guardia Civil en la desaguizada guisa de Sancho Panza, en la memorable noche de la aventura de los batanes...

¡¡La verdad era que debían tener en cuenta los señores jueces que había señoras delante!!

—Pues verán ustedes ahora qué camiseta elástica —prosiguió el juez.

¡Ya escampaba, y caían chuzos..., ¡Ah! ¡Que no fuera ella de movimiento en los ojos, para poder cerrarlos!...

—Oye: ¿qué es eso que se le ha caído?...

—¡Ja, ja, ja! ¡Su petaca y todo!

—¡Ja ja!

—Nada: ¡un premio á toda orquesta!

—¡Monísimo!

—¡Chusquisimo!

—¡Precioso!

—¡Colosal!

—¡Bien por la Benemérita!

—¡La laureada!...

.

—Pues vaya usted con Dios, amigo, y buen provecho.

.
Y la primera Reina de Aragón y de Castilla sintió una impresión de frío, como si le hubiesen echado un jarro de aguanieve por la nuca abajo. De haber tenido articulación en las mandíbulas, le hubiesen castañeteado los dientes, y de haber tenido sangre, hubiéransele inyectado en ella los azules ojos.

¡Era aquello tan brusco.... tan inesperado.... tan brutal.... tan arbitrario, que perdió toda esperanza del segundo premio!... O el Jurado resultaba ser tan ignorante como el vulgo, ó estaba inficionado por la peste anarquista. No se explicaba de otra suerte, ni podía explicarse, el hecho de posponer una Reina á un miserable Guardia Civil.... una corona á un tricornio.

.
Y áun dando de barato que se le adjudicase todavía el segundo premio, ¿lograría esto restañarle la herida mortal, abierta en su amor propio de mujer y

de soberana por la ignorancia supina ó por la animadversión inexplicable de aquel por tantos títulos discutible y hasta recusable Jurado?

¿Y aquellos eran los críticos.... los árbitros de la elegancia.... los ungidos Petronios?... ¿Qué entendían ellos, como no fuera de lo que podía entender una costurerilla en blanco?... ¡Así se hacían las reputaciones en el mundo!...

¡Perdonáralos Dios, siquiera porque no sabían lo que habían hecho!...

Los señores del Jurado encendieron un pitillo, antes de proceder á la adjudicación de la segunda recompensa. Se acercaron otra vez á la anaquelaría algunos de ellos para hacer nuevo examen, y uno dijo al ugier, al volverse al estrado de donde no le habían movido los restantes jueces:

—¡Ugier! Haga el favor de alcanzar esa *nurse*.

—Como no me lo diga usted por otro nombre....

—¡Esa muñeca!... ¡La del carrito!... La que está una muñeca más acá del

Civil premiado.... ¡Ajajá!.... Tráigala usted y póngala sobre la mesa....

.
.

Pero.... ¿Qué estaban haciendo aquellos indecentes?... ¡¡Por Dios, que ciertas cosas no podían consentirse!! ¡No, no, y mil veces no!; y lo que tocaba á ella, ya se guardarían muy mucho de hacerle aquel registro....

—Nada: que la expositora ésta—empezó á decir el explorador de los países bajos de la *nurse*—no se ha andado con chiquitas. No ha tenido bastante con vestirla á ella y vestir al bebé, como los propios ángeles, sino que le ha metido en el bolsito toda una muda completa, por si se desgracia el nene.

—¡Ja, ja, ja, ja! ¡Tiene gracia!

—¡Esto es una muñeca precavida!

—Lo que es es el primor de los primores.

—¡El babadero! ¡Fíjate, Salobreña, en ese babadero! ¿Has visto cosa igual?

—Pero, ¿cómo se han hecho estos re-

cortes *Richelieu* en esto tan rechiquitísimo?

—¡Como que el bebé por sí solo merece el primer premio!

—Pues ¿dónde me dejan ustedes el cochecito?

—¡Qué atrocidad! ¡Hasta sus llantas de goma!

—Nada, nada: que perdone la Benemérita por esta vez, que lo que es el primer premio se lo cargó la *nurse*.... Digo: si los señores están conformes.

—Pero de toda conformidad.

—*Nemine discrepante!*

—Digo, señores: si no hay alguna otra que lo merezca más.

—¡A ver....

—¡A ver...

Y siguieron examinando ejemplar por ejemplar de toda la exposición.

.
A la pobre Doña Juana se le iba un color y otro se le venía.... Tornósele el semblante de extraviado en ceñudo... Hirguióse sobre su peanita de madera con el señorío de una emperatriz y el

desencajado ademán de una demente, y.... ¡el acceso de locura, llevado hasta los remates del delirio!....

Ensiella, ensiella, encalabaciella....

y ya no se dió cuenta de nada más.

.
Y por más que se despestañaron los jueces, viendo y mirando, y tornando á escudriñar y á examinar, no tropezaron en toda la anaquelaría con otra muñeca que pudiera hacerles aire ni al Civil ni á la *nurse*. Por donde tras una media hora más de acalorada disputa con respecto á la adjudicación del tercer premio, el fallo definitivo del Jurado, publicado por los periódicos aquella noche, fué el siguiente:

Premio 1.º.—Una *Nurse*. Número de matrícula: 93.

Premio 2.º—Un Guardia Civil. Número de matrícula: 91.

Premio 3.º—Una Menina. Número de matrícula: 35.

Accésit 1.º — Un Seise. Número de matrícula: 74.

Accésit 2.º—"El Caballero del verde gabán". Número de matrícula: 42.

Accésit 3.º—Un Vendedor de periódicos. Número de matrícula: 114.

Menciones honoríficas:

1.^a—Una chula. Número de matrícula: 78.—Un nazareno de la Carretería. Número de matrícula: 53.—Una Doña Inés de Ulloa. Número de matrícula: 72.

.

Sus cartelones correspondientes y San se acabó no tenía vigilia.





X

Y se armó en la exposición, con motivo del fallo del Jurado, el chiscarral número uno.

Quién rompió el abanico de coraje, y quién se despedazó los labios de concentrada ira; quién se mesó de rabia los cabellos de crepé, y quién tuvo un ataque de nervios, de la sorpresa.

La Marquesa de Pompadour, de la mayor de las de Fontamarga, vino á caer con un síncope en los brazos del Diego Corriente que tenía junto y que por poquito, por poquito, si le mete el tabuco por los ojos al ir á socorrerla; mientras los Duquesitos del Quijote, de las de Gaztelu, estuvieron por llamar á su valeroso huésped para que les enderezase el entuerto y les desficiase el agravio.

La Margarita de la otra Fontamarga se daba á todos los Mefistófeles, de coraje; y una Ofelia, matriculada con el número 4.º, hubiese querido el lago para tirarse á él de cabeza. Maritornes ponía el grito en el cielo, cosa que crispaba los nervios á la Princesa de los Ursinos, que no podía con aquellas ordinariieces; y una monjita de María Reparadora leía muy resignada el capítulo XII del libro segundo de la Imitación Cristo, de Tomás de Kempis, que trata «*del regio camino de la santa Cruz*».... ¡El Señor la había humillado!

Dos ó tres Hermanitas de la Caridad, que allí había, aunque de diversos tamaños, no se daban un punto de reposo, trayendo tazas de tila y aplicando botes de éter sulfúrico á las narices de las más necesitadas de medicinas antiespasmódicas.... Solamente un *pierrot*, mitad blanco, mitad azul, se reía á mandíbula batiente, acostumbrado sin duda á las grotescas bofetadas del circo.

La Pipota, de "Rinconete y Cortadillo", que tenía ofrecidas por el premio

“candelicas,” á la Virgen de las Aguas y al santo Crucifijo de San Agustín, se vió eximida del compromiso, é hizo por consolarse del fracaso, tomando con ambas manos el corcho en que se había trasegado de la bota, soplándole un poco de espuma y diciendo:—“De Guadalcanal es, y aún tiene un es no es de yeso el señorico.” El torero en traje de luces, que estaba junto á la Imperial Majestad de Carlos V., miraba á los premiados con aire de perdonavidas; y á una infeliz pasiega, que estaba dando de mamar al niño, se le retiró la leche.... ¡Mire usted qué desgracia, para una pobre!...

La Reina Isabel de Inglaterra, matriculada con el número 65, que por ser la más soberbia de las muñecas de la exposición era la más iracunda, irritada por aquella rastrera adulación al proletariado, propuso una alianza de todos los poderes allí constituidos y girar una nota diplomática á todas las potencias contra la arbitrariedad del Jurado.... ¿Quién había visto, princesas é infantas, ¡hasta reinas! ¡reinas, que se decía

de una vez!!, pospuestas por el fallo de unos burgueses—¡al fin católicos!— á gentuza asalariada y del oscuro montón de la patulea anónima?.... ¿Tan nada eran ya en el mundo la alcurnia y el prestigio mayestático de realeza hereditaria.... ¡el derecho divino que predestina reyes?.....

¿Qué era un seise en el mundo, un caballero con verde gabán y un *golfo* sinvergüenza, vendedor de periódicos, para alzarse con sendos *accessit*; y una menina, un Civil y una indecente *nurse* para pavonearse con los premios? ¿Tan poca cosa significaba ella, que no se le había otorgado ni una mención honorífica?....

Una oleada de bilis le subió á la garganta; se retorció de ira como una réproba en el suplicio, y no se desplomó sobre la estera, lecho de su desesperada agonía de condenada, porque ni había estera en el anaquel, ni tampoco le hubiera permitido sentarse el taruguito de madera que la mantenía de pie sobre la peana....

Tal alzapué se armó, en fin, y tan descomunal zipizape y trapatiesta de lamentaciones y suspiros, llantos y lamentos, alaridos é imprecaciones, que el Eminentísimo y Reverendísimo Señor Cardenal, matriculado con el número 19, se creyó en el deber de llamarlas al orden, por medio de una plática sedativa.

Mandó tocar á sermón, y les habló de esta manera:

Erunt novissimi primi, et primi novissimi.

Los últimos serán los primeros y los primeros los últimos.

San Mateo, c. XIX, v. 16.

Amadísimos hermanos:

Apenado y dolorido yo, como el que más, pues al fin y á la postre soy de cartón y de serrín como vosotros, y el serrín es flaco; apenado y dolorido, por lo que á mí se refiere, del fallo del Jurado, lo acato sin embargo con entera sumisión y lo declaro justo.

Sí, hermanos míos: ni el mérito se ha de medir por la altura de la jerarquía y de la alcurnia, ni el premio ha de

vincularse á la posición social, por encumbrada que ella sea. El mérito está en *el modo* como cada cual desempeña su papel, y el premio es la recompensa á que cada cual se hace acreedor por su estricto ajustamiento á la misión especial que la divina providencia le señala.

Y si no, decidme: ¿Quién merece en el teatro aplausos más estrepitosos? ¿Acaso el que representa más egregio papel?... No, ciertamente; sino el que con más verdad y con mayor justeza, el que con más propiedad y... ensañamiento artístico, si vale la expresión, vive el papel que le ha confiado el director de escena, ese es, y no otro, el que se lleva el lauro. Y mientras el que hace de prócer ó de rey, que arrastra mantos de corte y ciñe coronas, se sienta en tronos y empuña cetros, puede llevarse una silba descomunal, y á veces se la lleva, el que hace de lacayo ó de mendigo puede obtener un triunfo y alcanzar un gran éxito. Pero por eso precisamente; porque fué mejor lacayo,

ó mejor mendigo, que el otro, prócer, ó el otro, rey, y el mérito no radica en el papel, sino en el modo y manera de encarnarlo y vivirlo.

De igual suerte, amadísimos, en esta exposición de muñecas que hoy clausuramos, hemos visto á un pobre Guardia Civil, á un triste seise, á un caballero... muy conocido en el Quijote, que es su casa, y hasta á un humilde arrapiezo vendedor de periódicos, descollar quince codos de altura por encima de Cardenales y de Principes, de Reyes y hasta de Emperadores, y á una asalariada menina y á una desheredada *nurse* remontarse con vuelo de águila por encima de todas las de fama imperecedera en las historias de los pueblos, bien por lo alto y glorioso de su real origen, bien por lo peregrino y extremado de su hermosura, bien por lo interesante ó ruidoso de sus amores, bien, en fin, por lo conmovedor y elegiaco de sus infortunios...

¿El secreto de todo esto, me preguntáis? ¡Ah, hermanos míos! Que el que

más y el que menos de nosotros, los que hemos quedado en el montón, hemos estado fuera de nuestro honroso tipo, desempeñando perversamente nuestro papel: mientras ellos, los premiados, digo, se ajustaron tan perfecta y adecuadamente al suyo, que haberles exigido más hubiese sido arbitrario, tiránico, irritante....

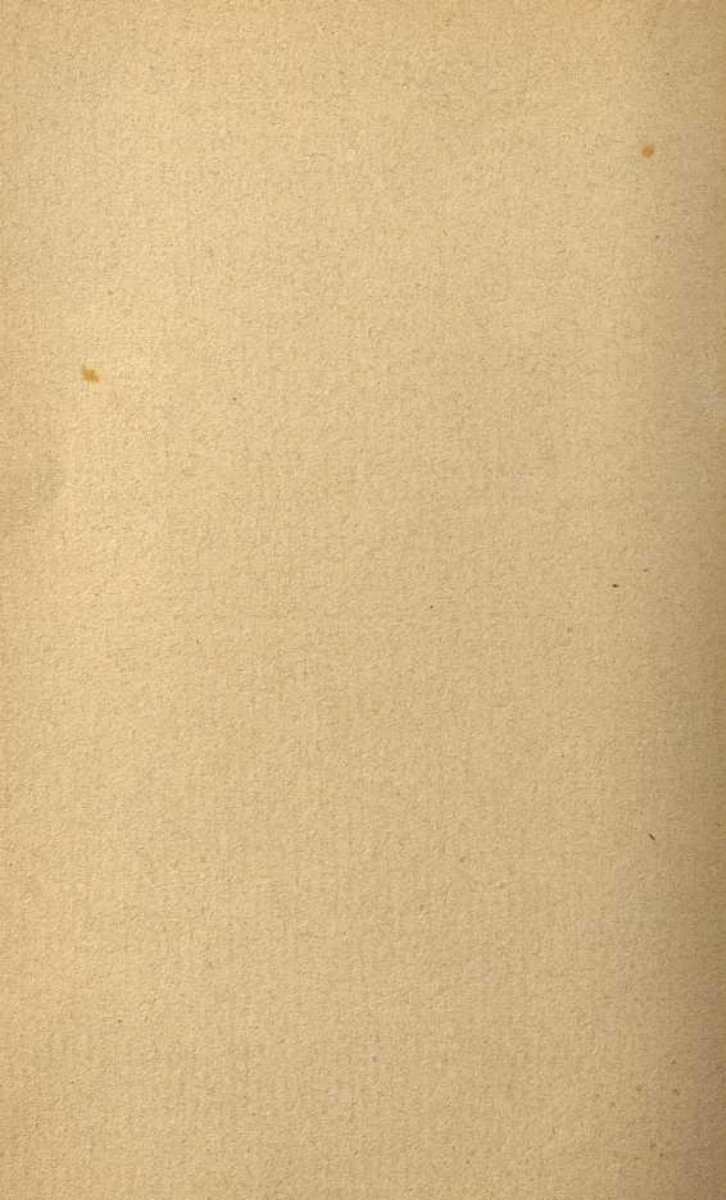
Consolémonos, hermanos, con que hasta en el Juicio extremo de los hombres se observará esta misma regla de conducta: se prescindirá por entero de castas y de jerarquías, de rangos y de ringorrangos, de esplendores de posición y de abyecciones de oficio; se escudriñará hasta el tamo de las obras buenas ó malas, y se verá con estupefacción de las naciones, cómo los últimos serán los primeros, y los primeros serán los últimos: *erunt novissimi primi et primi, novissimi*, que dice Jesucristo en San Mateo...

¡Infelices, infelices los que tengan que decir como ahora nosotros los preteridos: *jergo erravimus!*, luego la erramos;

y felices, felices mil veces y bienhadados y dichosos los que obtengan el premio de la bienaventuranza eterna, que á todos deseo, en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Amén.

Sevilla, semana de pascua de Resurrección de 1910.









Wm

JUNE

Y

Wm

E
D

Wm

Wm

Wm

Wm

JUAN F. MUÑOZ
Y PARÓN

EXPOSICIÓN
DE MUÑECAS

FAN
XX
607